

Cultura

La Nueva España

N.º 29
Viernes, 12 de mayo de 1989

Enzensberger. Filosofía del analfabetismo secundario

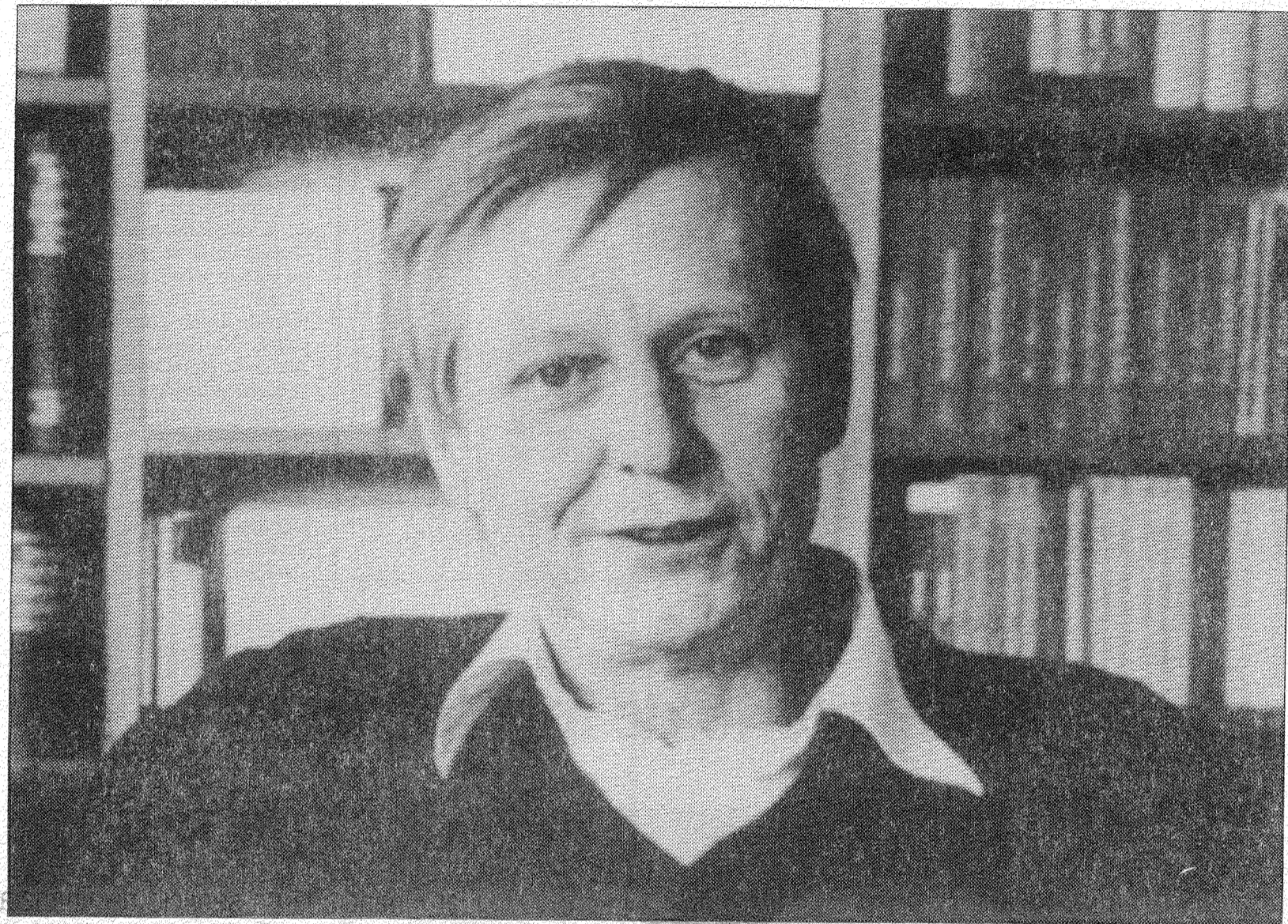
Luis Meana

«Mittelmass und Wahn» o «Medianía y delirio», último libro de Hans Magnus Enzensberger, es obra que, sin haber sido publicada en español, es parcialmente conocida al público, ya que dos de sus ensayos centrales —los titulados «Ein Bonner Memorandum» e «Intelecto y Poder, una forma alemana de jugar a los indios»— han sido prepublicados en «Cuadernos del Norte» (Núms. 32, 52). El libro es una colección de ensayos sobre temas muy diversos. Sobre literatura («Protección de la juventud frente a la poesía», «La caída de los críticos»), medios de comunicación («Alabanza del analfabetismo», «El triunfo del Bild Zeitung», «El medio-nulo o la TV»), política («Un Memorandum sobre Bonn», «Conversación en la campaña electoral del 87», «Medianía y Delirio»), economía («Multimillonarios de todo el mundo, uníos»), cultura («Intelecto y Poder»). Los ensayos tienen, en distinto grado, la gracia, la ironía, el buen estilo, la originalidad provocativa y la amena elegancia de las obras de Enzensberger.

El libro es más una guía que un diagnóstico. Su propósito es proporcionar claves o códigos que ayuden al lector a entender la situación y desarrollo actual de la cultura. La necesidad de esas claves se justifica por un supuesto que no se explicita pero que se sobreentiende, a saber, la tendencia a ver y juzgar la cultura actual con parámetros que son propios de épocas pasadas (principalmente, de una cultura literaria en esencia aún decimonónica, o del marco más o menos marxista de la revolución del 68) y, por lo tanto, la tendencia de público e intelectuales a extraer una radiografía deformada, así como conclusiones erróneas sobre la cultura actual. El libro presenta, pues, algo así como un filosofía —una filosofía menor, naturalmente— de la cultura, principalmente de la cultura informativa. El libro es, por tanto, una obra de tesis. Tesis que, como en el caso de Wittgenstein tardío, suponen la negación de las tesis anteriores. Estamos ante una especie de filosofía tardía en Enzensberger.

1. De las nuevas coordenadas del saber

Un primer mito que Enzensberger ataca es el hermoso mito de la ignorancia de la juventud. Retórica tan vieja como el mundo. Cuantitativamente, no es fácil demostrar que los conocimientos de la joven peluquera Zizi sean menores que los del clásico Melanchón. Zizi no sabe nada de la transustanciación, pero tiene conocimientos realmente enciclopédicos sobre el IVA, sobre los «SS-20» soviéticos, los hoteles de Creta, la política de ahorro energética, los supuestos de devolución de impuestos, y demás etcéteras. Por lo que respecta a la relevancia, esos conocimientos son funcionales, están adaptados a la situación, y son útiles para vivir en ella. Por lo tanto, más que hablar de ignorancia, hay que hablar de una evolución social de las coordenadas del conocimiento. De su envejecimiento o



gran velocidad. De su validez más corta. No del acceso, sino del exceso de información. El mayor esfuerzo no consiste hoy, como entonces, en acumular conocimiento sino, al contrario, en librarse de él, o en dejar que el conocimiento no arrolle, en mantenerse inmunizado.

2. La literatura y el «efecto alka-setzer»

Un segundo mito es el de la crisis de la literatura. Evidentemente la institución ha perdido peso, terreno e importancia. Lo que no quiere decir que se haya terminado la literatura sino la función tradicional que tenía. La función histórica de la literatura no fue, primordialmente, política: contener un determinado potencial revolucionario, o proporcionar un determinado potencial anestésico. La literatura fue la institución especializada en producir, modelar, fijar y extender formas de sensibilidad y capacidades de percepción. La encargada, no única pero sí principal, de la educación sentimental y sensible de nuestra civilización. Esa función se ha terminado: las generaciones actuales no sacan sus «códigos», de comportamiento, de percepción o de sensibilidad, de los libros.

Lo que se ha producido es para Enzensberger un proceso normal de socialización: la **literaturización de la sociedad**. Lo que podremos denominar «el efecto alka-setzer». Igual que un alka-setzer se desintegra en agua, hemos asistido a una desintegración de la literatura en la sociedad. No es que haya desaparecido sino que se mantiene en estado de dispersión. Aunque pierde concentración, está presente en todo. Y queda, por lo demás, ese poso más sólido del alka-setzer en el vaso.

Han variado también los mecanismos de mediación y los intermediarios sociales de la lite-

ratura. La recensión es sustituida por el texto de contraportada, por las listas de best-sellers, por las listas de recomendaciones, por el show-master. El intermediario entre literatura y sociedad ya no es el crítico, en el sentido clásico, sino dos nuevos intermediarios: los académicos y, sobre todo, lo que Enzensberger llama el «agente de circulación» literaria, el «recensent». Este, al contrario que el crítico, no apunta a la influencia duradera sino a la pasajera, y su poder no viene de lo que escribe sino de la institución que representa (periódico, editorial...). La función central de ese «agente» es el «trend»: descubrir la **tendencia dominante**.

Más que hablar de una desaparición de la literatura hay que hablar, pues, de un regreso a sus orígenes. Con esos cambios, la literatura ha vuelto a ser lo que era: un asunto de minorías. Cosa de un público que ignora las recensiones, entrevistas y entrevistadores, y el bla-bla literario, y que no conoce más que una forma de transmisión y de mediación: la transmisión oral, la más originaria y simple, y que no sólo es gratis sino, además, impagable.

3. Electrónica y aniquilar el contenido

La alfabetización no fue un acto altruista sino principalmente un acto industrial: la industria le exigía al Estado obreros preparados. Hoy asistimos a una segunda ola de alfabetización. Se trata de imponer el cable como hace cien años la escuela. Paradójicamente, hemos vuelto a un nuevo tipo de alfabetización, que carece además de la dignidad del alfabeto anterior: lo que Enzensberger llama el **analfabeto secundario**. Un tipo bien informado, preparado, que no pertenece necesariamente a las clases oprimidas,

móvil, adaptable, capaz de imponerse y que no es consciente de su analfabetismo secundario. Es el producto de una nueva fase de industrialización, de una industria cuyo problema no es la producción sino la venta y, por tanto, necesita consumidores cuantificados.

Este tipo de analfabetismo requiere formas nuevas de transmisión. En primer lugar, un tipo de prensa que favorezca la **aniquilación del contenido**. El vil «Bild Zeitung», el periódico alemán que vende diariamente cinco millones y medio de ejemplares. «Bild» es el periódico radicalmente moderno. Su único mensaje es la aniquilación de contenidos.

La desaparición de la lectura vendida como lectura. La radicalización absoluta del proyecto periodístico. El momento en el que el periodismo se ha liberado de sus restos y máscaras burguesas, como información, responsabilidad, cultura...

Los demás periódicos com-

parten con él los rasgos esenciales sin que pueda redimirlos ninguna buena intención, pues todos siguen la ley del cinismo objetivo: informan sobre lo que no tiene significado (el mensaje-nulo) y se doblan a la actualidad (al suceso-nulo).

Esa aniquilación del contenido comenzó ya en la literatura (con la novela trivial o los folletines), continuó en la radio, pero a ésta le resultó casi imposible librarse del lenguaje. Las primeras que han conseguido liquidar todo contenido han sido las técnicas visuales. Han conseguido el «medio-nulo». Que acaba con la ilusión del programa. Da igual lo que se emita. Su encanto es precisamente esa falta de contenido. La TV es el triunfo del analfabetismo secundario y el medio ideal para el analfabeto secundario.

4. La televisión como nirvana

A pesar de todo eso, existe la

firme convicción de que la TV idiotiza. Esa teoría habitual se propaga en cuatro variantes principales: a) **Las tesis de la manipulación** (televisión como instrumento de dominación política); b) **La tesis de la imitación** (la televisión como peligro moral ya que lleva a la violencia, libertinaje y estragos morales); c) **La tesis de la simulación** (el espectador pierde la capacidad de distinguir ficción y realidad); d) **La tesis de la idiotización**, que recoge y extiende las anteriores: la TV no solamente ataca la capacidad crítica o moral sino también la identidad psíquica, y produce un nuevo hombre: un zombi.

Para Enzensberger, ni el espectador es un corderito, ni es la víctima pasiva e indefensa frente al medio. El espectador está curado de la eperanza del mensaje y sabe lo que quiere. Y lo que quiere es, precisamente, lo contrario: la falta de mensaje. Sabe que no está frente a un medio de comunicación sino frente a un medio para negarse a la comunicación. Y eso es lo que apasiona del medio. Por tanto, no es manipulado sino manipulador. En cuanto aparece un contenido, cambia de canal. En cuanto detecta un contenido, aprieta el botón. La TV resulta ser un método de higiene mental, de limpieza cerebral. La única forma masiva de psicoterapia. La adoración casi religiosa al medio se explica por ser una forma de acercamiento técnico al nirvana. Es la máquina budista. La forma de ver sin interpretar. La TV es el absoluto punto-cero.

De éstas, y de otras muchas, penetrantes tesis de Enzensberger hay que reconocer no sólo que son interesantes sino, en algún grado, verdaderas. Deberíamos quizá, también, oírle y revisar a fondo las ideologías groseras y anacrónicas que andan entre los pucheros teóricos. Una duda profunda permanece, sin embargo, a pesar de todo. Si estamos ante un análisis o ante un maquillaje. Lo que uno se pregunta es si Enzensberger, convencido de la pregnancia de este maquillaje, no «ingenuizará» en exceso el poder y sus realidades. Si no perderá las raíces profundas de toda mitología para caer en una especie de concepción idealizante y «selffulfilling». Con toda la belleza, la presentación, la originalidad y el indudable sabor del plato, uno echa un poco de menos el picante, la fuerza, el ímpetu de su cocina antigua. Porque, con excepción del panfleto sobre Bonn acerca del escándalo de la financiación de los partidos, donde se ven, de verdad, rabia y desprecio verdaderos, el libro se queda siempre en una especie de furor meramente estético. Al que le falta la pólvora, el restallido y el latigazo antiguo. Desde una perspectiva, el libro parece el refinado y voluntarioso esfuerzo por mostrar el enorme brillo y esplendor de las armas. Desde otra, la prueba de que, a pesar del Sidol y del bruñido, al maestro se le han oxidado un poco las armas. Y es que los maestros se gastan, los cerebros también, y no digamos las épocas.

